



*DE 1941 A 1987.  
UNA LARGA MARCHA DE  
MEXICO HACIA LA CRISIS*

La crisis que parece enfilar a México hacia la debacle comienza a incubarse en 1941, cuando los regímenes posteriores al de Lázaro Cárdenas abandonan lo emprendido por éste para, concebido el país como botín patrimonial, configurar la nación que ahora tenemos.

En una revisión histórica que abarca las últimas siete décadas, Benito Rey Romay, catedrático universitario adscrito al Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, sostiene la existencia de dos Méxicos: uno, el real, insuficiente y débil, vulnerado en porciones significativas de su soberanía; otro, el posible, que empieza a construirse en 1934 pero cuyo levantamiento se suspende e incluso retrocede siete años más tarde ante los tropiezos económicos y políticos observados luego de la administración cardenista.

Pese a que la Constitución de 1917 estableció un proyecto socioeconómico de amplio consenso, todavía válido —dice el autor— en su mayor parte y propósitos, y no obstante que el partido en el poder continúa afirmando que se gobierna conforme al programa de la revolución, lo cierto es que las desviaciones y errores han sido el común denominador en la conducción política de un país que, casi al borde del despeñadero, resiente hoy “los resultados acumulados de 46 años de problemas fundamentales no resueltos”.

En contraposición a las versiones oficiales que ubican la actual crisis a partir de 1982 y que adjudican ésta al impredecible comportamiento de la economía internacional —responsable, entre otras cosas, del fallido intento lópez-portillista de fundamentar el desarrollo mexicano en el auge petrolero—, Rey Romay expone los argumentos tendientes a demostrar lo equivocado de estos puntos de vista: la polí-



tica económica nacional, asevera, siempre calificada como exitosa, no ha sido sino una larga marcha hacia el caos, un continuo y vertiginoso descenso en la calidad de vida de la mayoría de la población.

El mantenimiento de los regímenes “revolucionarios” se sostiene entonces en un enorme costo social que sacrifica el desarrollo al crecimiento y entiende a la austeridad impuesta en los hechos como solidaridad, mientras México parece afianzar cada vez más sus raíces en el “submundo de los países pobres en que está colocado”.

Desde un análisis que contrasta los avances de la administración cardenista con el deterioro en que hoy se encuentra la nación, el investigador subraya, entre otros logros obtenidos en el periodo que va de 1934 a 1940, la construcción de cinco mil escuelas, el reparto de 21 millones de hectáreas entre los campesinos, el aumento al salario mínimo general en un 32 por ciento, además de la expropiación de la industria petrolera.

Probar que crecimiento económico con desarrollo social es posibilidad política, constituye uno más de los aciertos en el empeño de Lázaro Cárdenas por hacer surgir un México vigoroso que durante su sexenio parecía por fin vislumbrarse, pero que los regímenes siguientes —del de Avila Camacho al de Miguel de la Madrid— abandonaron en tanto, dice Jesús Silva Herzog, “la revolución se iba muriendo sin que nadie se diera cuenta” y el país, el que perdimos, autosuficiente y soberano, se nos escapaba virtualmente de entre las manos.

Sin superar del todo el tono apologético y en contra de quienes han intentado denostar la personalidad histórica de Cárdenas, tratando de convertirlo en mera figura paternal campesina o profeta petrolero, Rey Romay reivindica aquí la trascendencia de uno de los pocos gobiernos en que pueblo y presidente estuvieron realmente unidos y llegaron a coincidir en formas antes no vistas ni después repetidas.



Cárdenas, apunta además, fue “no sólo el mejor presidente que México ha tenido en este siglo, sino uno de los destacados en la galería de la política del mundo”.

Valioso soporte del análisis realizado, las cifras son claras en cuanto al diagnóstico de un país que parece haber perdido el rumbo y donde, por ejemplo, el 50 por ciento del ingreso nacional se distribuye sólo entre el 20 por ciento de la población, la deuda externa asciende a cerca de cien millones de dólares y la devaluación de la moneda —por lo menos de 1982 a la fecha— suele registrar índices superiores a los de una, de por sí, elevadísima inflación, en lo que el gabinete económico pretende justificar como apego a un “realismo cambiario”.

*México 1987: “el país que perdimos”* es un libro que a algunos podrá parecer pesimista, en tanto el desolado panorama que ofrece de la realidad mexicana actual; por encima de ello, la de Rey Romay es una voz que se niega a aceptar como inobjetable la conducta de aquellos gobernantes que claudicaron ante la posibilidad abierta por Cárdenas de construir una nación vigorosa y libre, al subordinar el destino del país a la prevalencia y salvación del grupo en el poder. . .

Benito Rey Romay, *México 1987: “el país que perdimos”*. México, Siglo XXI-UNAM, 1987, 118 pp.

Laura Guillén